

sus queridos paisanos: D. Antonio Gálvez Arce; D. Fulgencio Jiménez Jiménez; D. José Alegría Nicolás y D. Manuel Antón Escudero Gálvez.

Una obra literaria que aunque escrita con cierta vehemencia y apasionamiento, que interfiere en una precisión lingüística, exigida para este tipo de relatos —cuyo elemento sintáctico hace referencia con frecuencia a algo ajeno asimismo—, no cabe

duda que, sin embargo, consigue una transmisión de pensamiento óptimo, utilizando la palabra escrita adecuada, como inmejorable y valiosísima consecución del fin determinado, produciendo una sensible recepción, al demostrar que ha puesto toda su alma y corazón. Libro que cualquier interesado o enamorado de Torreagüera, debe disponer en su biblioteca particular.

EN MEMORIA DE DON MANUEL JORGE ARAGONESES

F. Saura Mira

Vale en este momento rememorar una entrañable figura, la del erudito y amigo, la del personaje que supo entroncar perfectamente con Murcia y su huerta, con sus cosas, su raigambre y su etnología, alma del Museo etnológico de la Huerta de Murcia. Personaje de gran enjundia intelectual y de sencillez envidiable; supo, en el tiempo que le cupo estar en Murcia, granjearse la amistad de intelectuales, investigadores, artistas y amigos incondicionales.

Al enterarnos de su fallecimiento en Madrid no podemos más que entristecernos por tan sensible pérdida, por lamentar este suceso que es irreparable y que ha repercutido en el ámbito cultural de la nación.

¡Adiós amigo Aragoneses, en verdad que siento desde aquí tu ausencia, la dignidad con la que trabajabas desde los ángulos vidriosos de la arqueología y la etnología, aún presiento aquella época de tu

estancia en la ciudad como director del Museo de Bellas Artes y de tu garra como informador de las cosas de Murcia y su entorno, del compromiso por todo lo que atañe a la cultura y su defensa, desde la piedra blasonada que se encontraba apartada en un rincón de casona huertana hasta la acuarela de un pintor que se iniciaba en su técnica!

Nos conocimos más a fondo cuando yo ostentaba personalmente la dirección del Museo huertano, en los años ochenta, a veces venía de Madrid a colaborar en alguna materia museística y charlábamos sobre el Museo y su futuro. Tenía grandes ideas y una lucidez apoteósica sobre la marcha de los museos; su significado, su génesis, orientación y desenvolvimiento.

Pluma fértil y erudita en cuantos asuntos tocaba sobre arte o museística, lega a la ciudad una serie de obras de gran envergadura en relación con el arte decorativo, la mueblística huertana, guía de mu-

seos de la región, amén de numerosos trabajos de arqueología en revistas internacionales y nacionales que marcan su gran valor en este cometido y ámbito.

Hombre inquieto, apasionado por la cultura, entusiasta de Murcia y su huerta, de sus pueblos blasonados, de su costa marina, de todo lo que forma parte del patrimonio cultural de nuestra región, estaba en cada momento pendiente de cualquier expresión estética, de la festividad más anodina del barrio, sobre todo era un gozador de las fiestas de Primavera murcianas, del Bando y Entierro Sardinero, algo que contemplaba con astucia y cuidado, llenando su retina de aquella impregnación tan querida por él, para después verterla desde su exquisita y puntual pluma a la revista especializada.

Humanista de pro sabía tener en cuenta cualquier manifestación plástica, acercarse al pintor y escultor que comenzaba para vislumbrar en su obra destellos de genialidad. Amigo de los artistas que en-

contraban en su figura al padre que velaba por ellos y los tenía en cuenta, algo que con su ausencia se hará notar en este mundo de individualidades progresivas, tiempo este de crítica deshumanizada y de solitarios estetas que andan en el exilio y en la ignorancia.

Te recuerdo amigo Jorge Aragoneses en tu templo principal de trabajo, en el caserón del Museo Arqueológico, sito en la Avenida de Alfonso X el Sabio, con tus libros y tus acuarelas y lienzos dispuestos sobre unas inmensas paredes, donde había colocada alguna acuarela mía. Eran otros tiempos, quizá mejores en el hacer del arte, donde la comprensión formaba parte de todo porque tu persona era capaz de aunar criterios y de aglutinar, de insuflar ilusión en los artistas murcianos. Fue una época gloriosa aquella, la de tu estancia en la ciudad y la huerta que tanto amaba y en la que pensabas, desde el nuevo destino en Madrid, con sus grises y matices velazqueños.

REQUIEM POR EL MAESTRO IMPRESIONISTA DEL RÍO: SAURA PACHECO

Ángel Luis Riquelme Manzanera

Cuando todavía se escuchan las vibraciones de las campanas de la barroca Catedral, emitiendo los sonos musicales, transmitiendo dulces y tiernas melodías, que se pasean rebotando por las fachadas de las calles viejas de sus inmediaciones, como nostalgia viva de un cúmulo de acontecimientos que fueron historia de la ciudad, chocan en contradic-

ción, con las de la Iglesia de San Bartolomé, que producen un impacto de badajo lento, herido de muerte, que avisa de la pérdida de uno de sus más dignos e insignes feligreses: FULGENCIO SAURA PACHECO.

Como si entendieran de la tragedia, a la que sus familiares, amigos y admiradores, estábamos sometidos, las palomas blancas,